

Pero ¡ah! la arquitectura que acompaña esta viva y humorística decoración no está de ninguna manera en la nota general. Ánimo pues, M. Chancel: vuestro ingenioso talento os obliga á mezclar, otra vez que se ocurra, vuestras lindas sonajas con un estilo más imaginativo y personal.

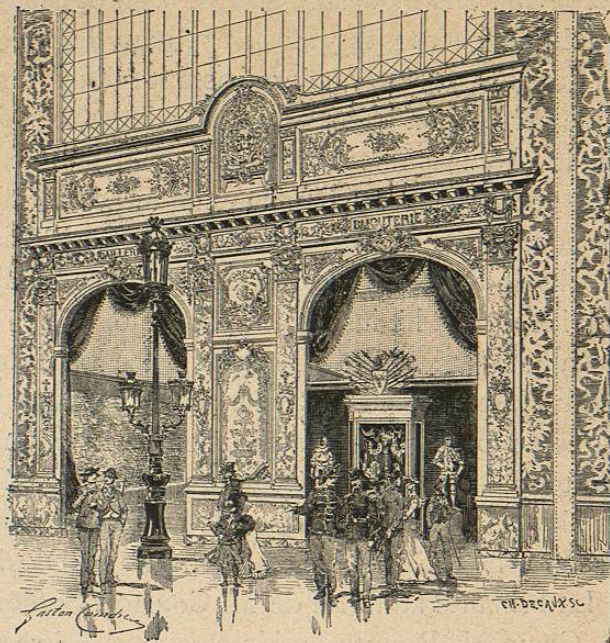
Por benevolencia no me detendré en la puerta de M. Strauss, nota verdaderamente cómica, y sombra en medio de sus obras de arte. Hay aquí leños desmesurados que sostienen pajarillos disecados, un ventisquero de cartón en que reina un oso blanco, arquitectura presuntuosa, un cocodrilo pintado, al parecer, por Robida, en actitud de dar una carga y todo espolvoreado de oro y mezclado en la más incoherente confusión. Yo, por mí, amo el realismo, pero no este; es demasiado alegre, y hasta se pondría uno malo contemplándolo mucho tiempo. Creo que prefiero todavía la página de escritura con que M. Guerinot ha adornado la entrada de los Bronces. Y sin embargo, Dios sabe si me interesa este tema compuesto de raspaduras de arquitectura italiana. El autor, ha estado muy más inspirado en la puerta de la Metalurgia, que tiene la brutalidad requerida, toda la dureza característica.

Lo que le perjudica es el paralelismo que el curioso está obligado á hacer entre esta puerta y la de M. Schmidt, la más notable de la Galería de treinta metros, á la que concedería yo sin vacilar la palma del triunfo. Esta amalgama de picos, de palancas, de ganchos, de sierras, de ejes, de bielas, de ruedas, de cadenas, de las mil herramientas empleadas para trabajar el hierro, está combinada con un arte tan consumado, con un talento tan distinguido, que me complazco en dirigir desde aquí al autor mis más sinceras y ardientes felicitaciones.

Nos encontramos en buen sitio, después de todo, porque al terminar nuestro paseo nos hallamos bajo la bellísima cúpula de M. Dutert, que con sus elegantes proporciones, las delicadas vidrieras de M. Champigneulle, la armoniosa rampa de hierro forjado de la escalera, los haces de luces eléctricas estudiadas con tanta originalidad por el gran artista, á quien debemos el Palacio de las Máquinas, forma una de las partes más notables de esta Exposición universal.

A los escépticos, á los desdeñosos, que desearían saber lo que se entiende por *crear una forma*, aconsejaré para terminar que miren atentamente y de buena fe las columnas sin un ornamento, sin una escultura, sin capiteles, sin basa, sin nada inútil, columnas compuestas simplemente de planchón, de cantoneras y pernos, que M. Dutert ha colocado sobre el pie de su escalera. Este pie derecho, verdadera joya, que vale por las más bellas columnas corintias, resume, por decirlo así, la estética que he procurado explicar en este estudio, y es la aplicación racional de la teoría de arte en que están basadas todas mis apreciaciones, así en buena como en mala parte.

FRANTZ JOURDAIN.



Puerta de la Bisutería y joyería



La primera plata-forma

ASCENSIÓN Á LA TORRE EIFFEL

La primera vez que subí á la última plataforma de la torre Eiffel, arriba cerca de la linterna, á 276 metros y 13 centímetros del suelo, fué un día de abril, frío, turbio y ventoso. Sólo hacía algunos días que se había terminado, y quisimos mi amigo X. y yo, ser de los primeros en contemplar el paisaje desde aquella altura, y poder decir también á los míseros mortales pegados al suelo por un reglamento riguroso: «Nosotros, arrostrando todas las consignas, hemos podido proferir el *quo non ascendam?* de Luis XIV, lo cual es muy sabroso para simples artistas.»

En aquella época, en efecto, avisos multiplicados en los periódicos anunciaban que en vista del peligro que había, así en detenerse bajo la torre, como en efectuar la ascensión, á causa de los despojos de todas clases, de hierro ó de ladrillo, de madera ó de acero, que hacían la atmósfera, sino irrespirable, á lo menos deletérea, nadie, á no ser los operarios y empleados, sería autorizado á penetrar bajo los andamiajes de la construcción.

Pero nuestra curiosidad por una parte y nuestro deber profesional por otra, nos sugirieron la idea ingeniosamente práctica de obtener con lágrimas y súplicas una de esas tarjetas grises que dan á los operarios el derecho de circular con ó sin peligro para su pellejo, pero sin temor de ser expulsados como simples *reporters*.

De este modo fué como una tarde de abril, mi amigo X. y yo nos introdujimos en la célebre y colosal construcción.

Debo decir que un guarda bastante rígido ó avinagrado ó adusto, después de haber observado el elegante levisac de mi amigo X. y mi sombrero redondo, declaró sin rodeos que tenía orden de no dejar pasar á ningún curioso. Tuvimos, pues, que hacer valer las altas recomendaciones que nos habían facilitado nuestro pase de trabajadores, para que aquel Alí-Babá tuviera á bien pronunciar el *ábrete Sésamo*.

Ya autorizados por el rígido custodio, comenzamos á trepar la escalera que conduce al primer piso.

Subíamos con mucho garbo, tanto más cuanto que algunos amigos, hostiles como todos los amigos cuando se les despiertan los celos, habían apostado que no invertiríamos menos de tres horas en nuestra ascensión: nuestro punto era demostrar con nuestra presteza que sólo el gamo ó la gamuza pueden compararse con dos perigrurdinos en esto de escalar el cielo.

He de decir que en la primera plataforma estábamos ya bañados de sudor. Allí nos aconsejó el jefe de los talleres que nos despojáramos de nuestros pardesús, si no queríamos perecer. Después de un momento consagrado á la contemplación del paisaje y á la audición de los millares de martillos que golpeaban las vigas, los yunques, los clavos y las chapas, formando en el espacio por encima del Campo de Marte una infernal canción del Hierro, tomamos la escalera de la segunda plataforma, escalera en espiral que gira y gira como si quisiera hacer un taladro en las nubes.

Esto, para nosotros, viajeros novicios, era como un vals ascendente, con una sensación de cabeceo y de balance, porque entonces las rampas sólo estaban cubiertas de una lona flotante, que se agitaba al soplo del viento, y nos daba en el ascenso continuo de nuestra marcha en redondo, la vertiginosa impresión que deben sentir los marinos en las vergas cuando el viento sacude las velas.

Fuera de esto, tenía yo que sujetar con una mano mi sombrero de copa, que amenazaba á mi cabeza con un próximo divorcio, mientras que algunos pintores, suspendidos al extremo de un cable, me dirigían algunas pullas de taller.

Estos pintores, sentados en una tabla, balanceados en el espacio á ciento y tantos metros del suelo, y embadurnando á brochazos rojos los miembros de la torre, me daban todavía más vértigo que la sensación del vacío mismo.

Sólo su buen humor, sus cumplimientos burlescos lanzados con voz chillona á los turistas inexpertos, nos daban cierto valor de vanidad ofendida. Teníamos una galería.

—¡Arriba! ¡Siempre más arriba! gritaba el amigo X., cuyo elegante levisac comenzaba á cubrirse de polvo y de manchas extrañas; porque ¡oh milagro! llovía... llovía pintura y no ladrillos, lo cual era más sucio, pero menos peligroso. Los sombreros y la ropa fenecían allí, por más que diga la bencina.

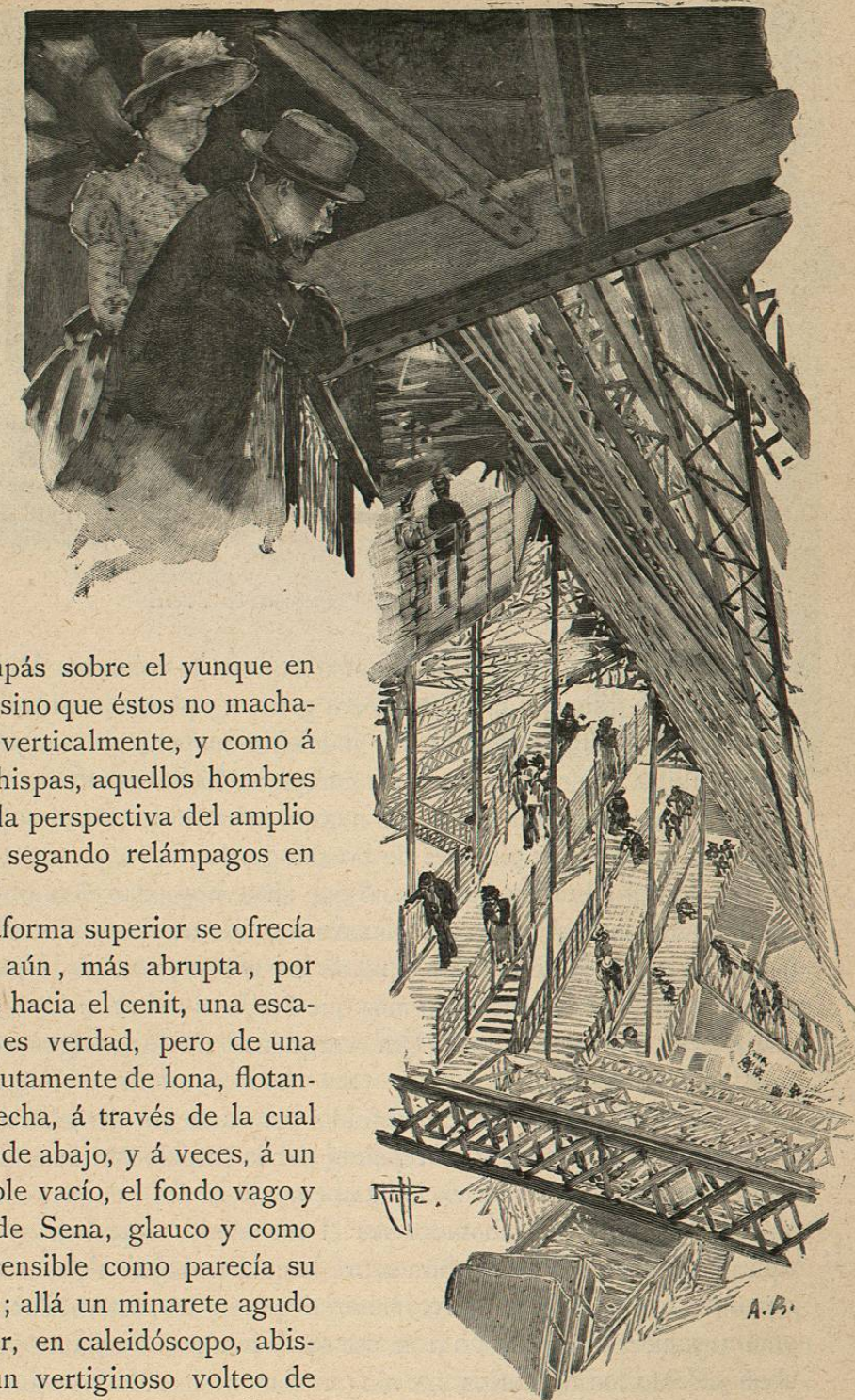
En torno de nosotros, el lejano paisaje, las colinas y los bosques subían ensanchando el horizonte en un inmenso cono lleno de brumas humeantes.

Y llegamos á la segunda plataforma. Alto y descanso. Bufo uno y se esponja, restableciendo el equilibrio que nos había hecho perder aquel vals ascendente de sesenta metros en altura multiplicados por la rotación. Dejamos reposar la vista fatigada del color rojo-ladrillo de las escaleras, en que se habían obstinado nuestros ojos, evitando lo posible la sensación de flotamiento que nos daba nuestro pretil ó antepecho con su cubierta mal ligada y ondeando al viento.

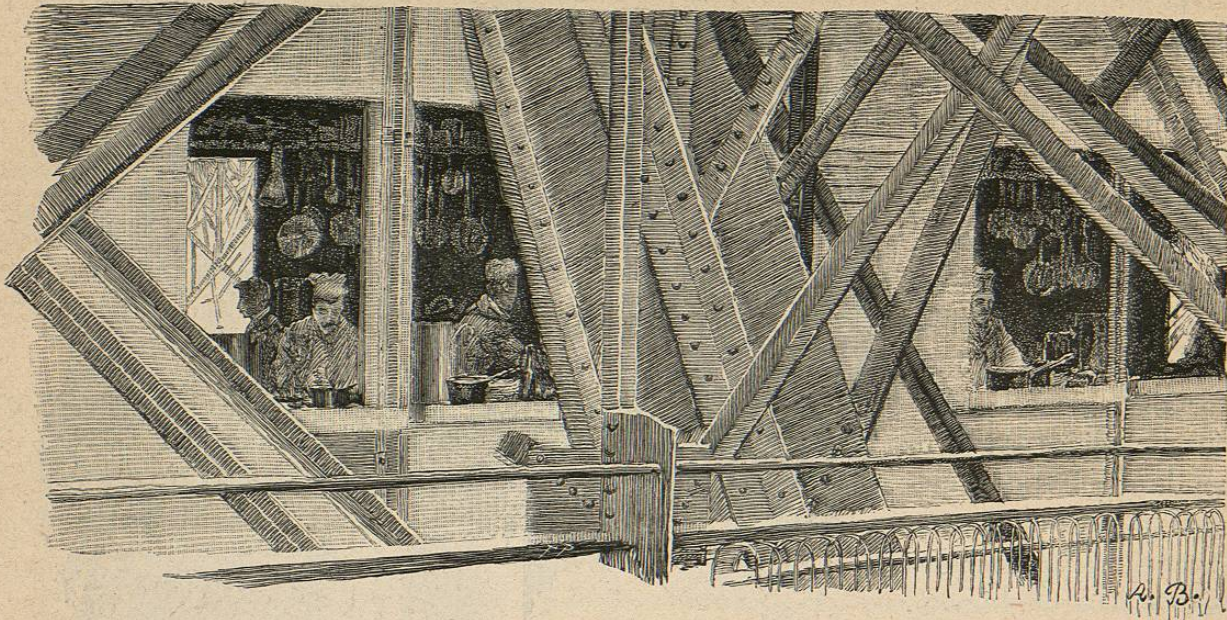
Esta plataforma se parecía entonces á un campamento de caldereros: una espesa humareda de hulla y de brea atacaba la garganta, mientras nos ensordecía un ruido de hierro rugiendo bajo el martillo. Todavía se atornillaba por allí: algunos operarios, sostenidos en salientes de algunos centímetros, golpeaban alternativamente los pernos con sus machos de hierro. Hubiérase dicho herremos tranquilamente ocupados en marcar el compás sobre el yunque en alguna fragua de villajo; sino que éstos no machacaban de arriba abajo, verticalmente, y como á cada golpe encendían chispas, aquellos hombres negros, agrandados por la perspectiva del amplio cielo, parecían diablos segando relámpagos en las nubes.

Para llegar á la plataforma superior se ofrecía una subida más rápida aún, más abrupta, por decirlo así, enderezando hacia el cenit, una escalera ornada de rampa, es verdad, pero de una rampa desprovista absolutamente de lona, flotante ó no, una rampa estrecha, á través de la cual aparecía todo el enredo de abajo, y á veces, á un rodeo, el vacío, el horrible vacío, el fondo vago y lejano: aquí, un trozo de Sena, glauco y como vitrificado, de puro insensible como parecía su movimiento en la bruma; allá un minarete agudo como una flecha; al azar, en caleidóscopo, abismos sucediéndose en un vertiginoso volteo de vals rápido; porque subíamos aprisa teniendo miedo de tener miedo, en medio del batidero de los martillos, mezclado con los gemidos del viento, que azotaba mi sombrero de copa, género de cobija á la cual profesan sin duda un odio artístico particular los silfos y los duendes. A haberlo sabido me hubiera cubierto con pervincas.

El amigo X., bravo de suyo, me daba ejemplo de valor. En nuestro viaje aéreo nos cruzamos con operarios que descendían. Cosa dura, porque era preciso pegarse á la



Las escaleras de la torre Eiffel



Las cocinas de la Torre

rampa, que parecía frágil, ó aplastarse contra la columna. Y la operación venía á ser esencialmente difícil, si el operario era grueso; y peor aún, si traía un pote de color oleoso ó pinceles chorreando de rojo. La indeleble mancha de sangre que Lady Macbeth no lograba nunca lavar, no es nada en comparación del resultado de tales encuentros en un espacio de 40 centímetros y á 200 metros sobre el nivel del suelo. Poco á poco, X, y yo acabamos por parecer pintores de brocha gorda.

Llegado que hubimos al rellano que sirve hoy para el cambio de ascensores para los curiosos aspirantes á la tercera plataforma, nos sentimos poseídos del mayor desaliento cuando un operario nos declaró que de los 160 metros que separan el segundo piso del tercero no habíamos ascendido más que 80, la mitad, ni más ni menos.

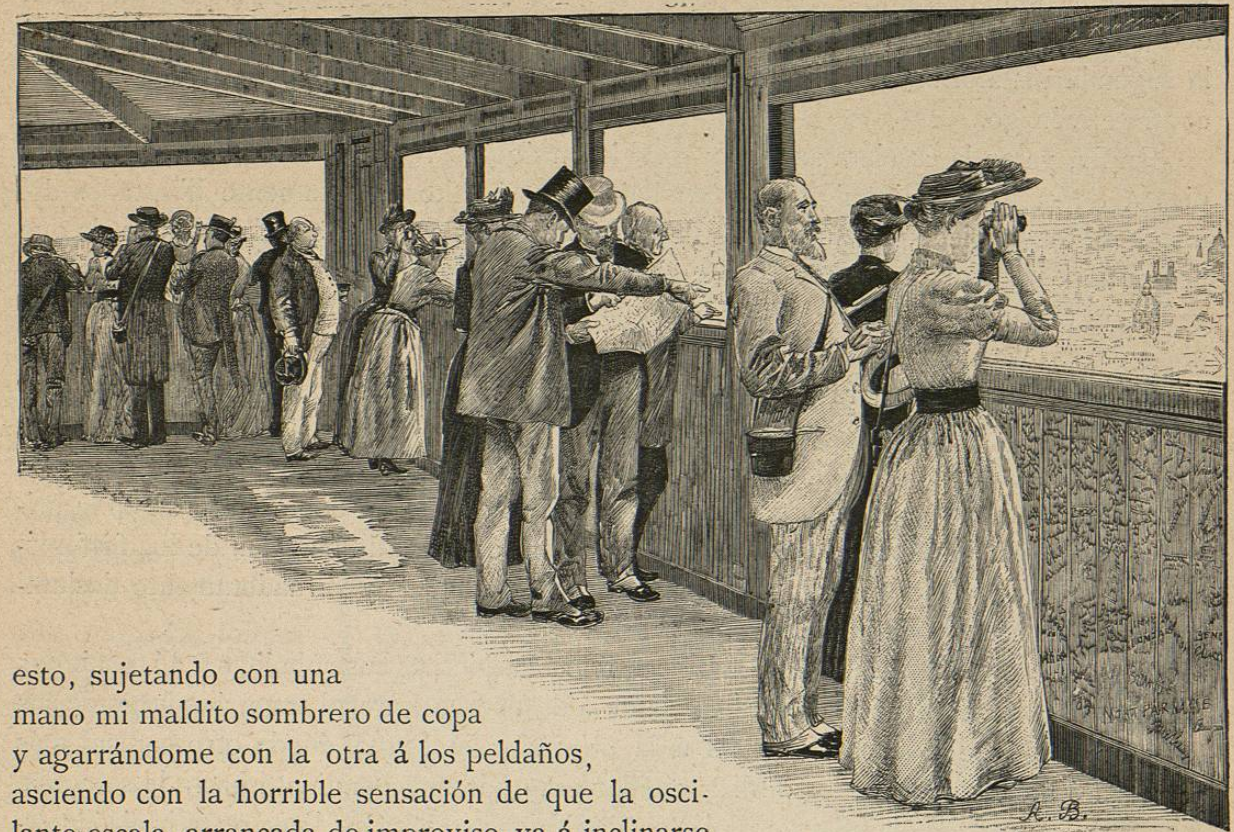
¿Y hemos de volvernos? ¡Qué vergüenza! ¡Y los amigos celosos que nos acechan abajo! ¡Ea! *excelsior!*

Y sudando copiosamente, valsando penosamente á nuestro paso de tornillo al aire libre, azotados por el viento, creyendo por la trepidación de nuestras propias piernas que era la torre misma la que vacilaba al empuje de las ráfagas, con los ojos cegados por el rojo tinte y los oídos embotados por el estruendo, trepamos en silencio 50 metros más. Aquí una plataforma de madera sobre la cual trabajan algunos operarios, y para continuar nuestra escalera de hierro, he aquí que se levantan delante de nosotros dos palos como masteleros de juanete: ¡una escala de madera! ¡oscilante y flexible escala, por la que suben y bajan los operarios sin ningún temor ni cuidado, veinticinco metros de escalas para llegar al segundo rellano de madera, veinticinco metros, más alto que una casa de seis pisos!

Desalentados y perplejos, nos sentamos en un zoquete, mientras burlones operarios, entre ellos un aprendiz de quince años, que sube y baja por la escala como una ardilla, nos contemplan con fisgona compasión.

En fin, mi amigo X, se decide: lleva por su bien un sombrero hongo calado hasta las orejas y puede servirse de ambas manos para subir. Y sube y me anima á seguirlo.

Arriba, pues. Me están mirando los burlones y no es cosa de quedarme abajo. Con



La tercera plata forma

esto, sujetando con una mano mi maldito sombrero de copa y agarrándome con la otra á los peldaños, asciendo con la horrible sensación de que la oscilante escala, arrancada de improviso, va á inclinarse hacia atrás dando conmigo y mi sombrero de copa en el abismo. Pero, en fin, me agarro bien y subo.

Ya estoy arriba, pero no hemos llegado aún; queda todavía otra escala del mismo tiron. Pero ensayados ya con la primera, aunque sudando la gota gorda y con la boca seca, llegamos triunfantes á la tercera plataforma azotada, sin un vidrio aún, por todos los vientos de la rosa náutica.

Detenidamente contemplamos el panorama, que se nos ofrecía como una prodigiosa miniatura de París: el bosque de Boloña diminuto como un *square* de muñecas; la plaza de la Concordia semejante á un tablero de ajedrez; el domo de los Inválidos, que se tomaría por una de esas feas bolas que se ven en los jardines de *Bois-Colombes*; la calle de Rívoli angosta y larga como un cordel; el Sena inmóvil, sin ondas, sin curso, oscuro como una cinta deslucida y ajada que rueda por el suelo... Ni un rumor, á no ser el del viento y la conversación de los operarios que acaban de construir la linterna sobre nuestras cabezas. Una sensación extraña, que no tiene ninguna relación con la que se experimenta en globo, porque el globo se mueve y da así movimiento al paisaje, mientras la torre, por más que hayan dicho, no se mueve. En efecto, habiendo fijado la vista entre dos barrotes de hierro, tomando por objetivo un punto brillante como la cúpula de los Inválidos, observamos bien que nada se movía ni variaba; la torre, pues, no vacila. La sensación de oscilación está en las piernas, después de semejante subida, y de las piernas sube á la cabeza; de tal manera que probablemente la oscilación sentida por algunos que han hecho esta misma subida de 1.800 peldaños es una simple forma de vértigo.

Pero el frío nos penetra y es preciso descender. Allí á reculones, la escala de madera me parecía menos peligrosa. Sólo después la escalera roja, los peldaños de hierro, el